

**Caín**  
**El último manuscrito**  
GREGOR VON REZZORI  
TRADUCCIÓN DE JOSÉ ANÍBAL CAMPOS



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*Kain: Das letzte manuskript*

Copyright © 2001, GREGOR VON REZZORI  
All rights reserved.

Primera edición: 2016

Traducción  
© JOSÉ ANÍBAL CAMPOS

Imagen de portada  
© LEE MILLER ARCHIVES, England, 2016.  
All rights reserved. [www.leemiller.co.uk](http://www.leemiller.co.uk)

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2016  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España.

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión  
KADMOS

Formación  
GRAFIME

ISBN: 978-84-16677-14-6  
Depósito legal: M-29878-2016

Impreso en España

The translation of this book was supported by the Austrian Federal Chancellery,  
Division for Arts and Culture.



Cultura

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

## ÍNDICE

PRÓLOGO DEL COMPILADOR	9
INTENTO DE PRÓLOGO DEL PRODUCTOR CINEMATOGRAFÍCO HEINZ WOHLFAHRT	15
CARPETA C	25
APÉNDICE A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL	237
Despedida en Santa Maddalena	239
No la autobiografía de un hombre que escribe, sino la biografía de su libro. Sobre «El último manuscrito» de Gregor von Rezzori	243

## PRÓLOGO DEL COMPILADOR

No existe ninguna base para aseverar que la persona que encontró los textos aquí presentados se diese cuenta de inmediato de lo que tratan. Aunque el abogado Fritz Engelhardt se presenta como un versado lector de mis libros, sus conocimientos se limitan probablemente a las *Historias de Magrebinia*, por lo que resulta dudoso que los nombres que aparecen en las páginas encontradas (Schwab, Scherping, Nagel, Witte, etcétera) le hayan permitido adivinar la relación de estos folios con *La muerte de mi hermano Abel*. Sólo el intento de prólogo del productor cinematográfico Wohlfahrt, que por un descuido no estaba entre las primeras páginas, sino al final de la carpeta, pudo haberle indicado que el azar le había puesto entre las manos la carpeta c de los manuscritos de Aristides Subicz o de Schwab, echada en falta y dada definitivamente por perdida hace ahora ya casi treinta años. (Las carpetas A y B, como se sabe, fueron publicadas en *La muerte de mi hermano Abel*).

De cualquier modo, tras una mirada más atenta, se pudo determinar que existían varias incongruencias, cuando no obvias contradicciones. Llama la atención, a primera vista, que esta carpeta —la cual, según el propio Aristides, le fuera entregada por la secretaria de Schwab, la señorita Schmidschelm, tras la muerte de este último— contenga apuntes de puño y letra de Schwab que, evidentemente, fueron tomados tras la cremación de su cadáver, que, como se describe en *La muerte de mi hermano Abel*, tuvo lugar en el cementerio de Ohlsdorf, en Hamburgo, en 1964. Por desgracia, entretanto, la señorita Schmidschelm —secretaria en la redacción de la editorial de Scherping a la que todos llamaban cariñosamente

Schelmchen—, también ha muerto, de modo que tampoco a ella podemos pedirle que nos aclare dicha discrepancia. A todas éstas, y para añadir más confusión al asunto, vemos cómo el ex productor cinematográfico y actual editor Wohlfahrt declara en su supuesto prólogo que considera la carpeta c como la parte de la herencia que le corresponde legítimamente del legado literario de Aristides, ya que ésta le servirá al menos como reparación por un guion de cine titulado *La hija pródiga* por el cual, supuestamente, pagó unos anticipos; guion, por demás, que nunca llegó a serle entregado después de que Aristides perdiera la vida en un accidente automovilístico a finales del año 1969. No voy a abundar en el hecho grotesco de que Wohlfahrt haya usado esa presunta «propiedad literaria legítima» como motivo para cambiar la silla del productor de cine por la del editor de libros. En todo caso, resulta bastante inverosímil que esperase encontrar en la carpeta c un guion para una película titulada *La hija pródiga*. Verificaciones posteriores han arrojado que se trata de un timo consciente, lo cual no asombra teniendo en cuenta los métodos habituales de hacer negocios de este empresario en bancarrota. Algunos fragmentos de un *treatment* para el guion de marras se han encontrado entre los papeles del coproductor francés, pero tampoco ello aclara las contradicciones del manuscrito de Aristides, y mucho menos la circunstancia de que en los escritos de este último todos los nombres —probablemente también el suyo—, hayan sido sustituidos por nombres inventados. No todos los personajes que aparecen mantienen una congruencia con personas que existan realmente o que hayan existido en la época en que se escribían los textos. Igualmente, no todos los sucesos descritos coinciden con hechos históricos probados. Pretender tal cosa, además, implicaría prohibirle a un autor de novelas que haga uso de su imaginación.

En este caso, pudo efectuarse la pesquisa sobre una base fiable: el doctor Engelhardt, dueño de la casa en el Tegernsee en la que se halló la carpeta, le compró la misma al productor cinematográfico Wohlfahrt —o a la persona real que le

da nombre—, totalmente amueblada y con un archivo asombrosamente completo de documentos de la empresa desde 1959; todo esto sucedió poco antes de que el productor —que sin duda es idéntico al personaje llamado «el cerdo mayor» en la novela de Aristides *La muerte de mi hermano Abel*— fuera imputado por reiterados casos de estafa y evasión fiscal y huyera del país. (El doctor Engelhardt supone su paradero actual en algún lugar del Caribe). A pesar de la enorme cantidad de proyectos filmicos descabellados, cuando no concebidos de antemano, con toda intención, como fraudulentos, ha podido determinarse de forma inequívoca, a partir de tales documentos, que no existe ninguno que se parezca siquiera al mencionado en el prólogo de Wohlfahrt y descrito por Aristides en *Abel...*: el proyecto cinematográfico *La hija pródiga*. En realidad, tanto las indicaciones de Wohlfahrt como las de Aristides contienen muchos elementos relativos a la producción que resultan sumamente improbables desde el punto de vista técnico, sobre todo la adjudicación del papel protagonista a Nadine Carrier. Ello, sin embargo, puede deberse a una maniobra de despiste del propio Aristides, una maniobra de la cual más tarde Wohlfahrt se habría servido de buena gana para fundamentar su grotesco reclamo sobre la propiedad del manuscrito. En todo caso, se realizaron también algunas pesquisas en la casa de Madame Carrier, aunque sin éxito alguno, como podía esperarse. Sólo el número de individuos que mantuvo con ella relaciones íntimas a lo largo de los años ha hecho imposible realizar un examen preciso. No fue posible convencer a la diva para que hiciera un cotejo de los pasajes de *Abel...* en los que se hace referencia a su persona («Sobre mí se ha escrito tanto...»). ¿Cómo llegó entonces la carpeta a las manos de Wohlfahrt? Lo que demuestran de un modo inequívoco los documentos hallados en la casa de Wohlfahrt en Tegernsee es la relación de éste con Johannes S., redactor jefe durante muchos años en la casa editorial de Scherping.

No es necesario desvelar a quién se refiere ese nombre ni quién, en realidad, se oculta tras la figura del editor Scherping.

A fin de cuentas, resulta bastante evidente. Asimismo, es obvia la manera en que Aristides (o el autor que se esconde tras ese nombre) entiende el concepto de «realidad». Su actitud escéptica ante ese «Proteo de las abstracciones» recorre como un *leitmotiv* todos sus escritos, y ni por un instante deja un resquicio para dudar que, en su criterio, la «realidad literaria», por ficticia que sea, parece estar más próxima a la auténtica verdad de lo que acontece que la facticidad probada —siempre susceptible de ser interpretada de manera diversa— de los hechos concretos. Ello nos impide de antemano leer *La muerte de mi hermano Abel* como una novela en clave a través de cuya supuesta transparencia podríamos reconocer los modelos reales de los personajes que en ella aparecen y los hechos realmente acaecidos, con lo cual perderíamos de vista el sentido del libro. Es obvio, además, que esta indicación vale también para la carpeta c. A la hora de compilar los escritos recogidos en ella me ha parecido más importante mostrar su autónoma «realidad literaria» que desvelar los hechos reales ocultos en la ficción, los cuales —como supone, con jurídica perseverancia, el abogado Engelhardt— podrían implicar la corrección o, incluso, la supresión inmediata de las discrepancias existentes entre los apuntes de la carpeta c y los contenidos de *La muerte de mi hermano Abel*. Basta leer unas pocas páginas de la carpeta c para quedar cautivado de inmediato por lo que allí se narra, y uno se ve obligado a admitir que la compilación de esos apuntes, aparentemente fortuita y heterogénea, representa en realidad un producto literario estructurado en torno a un plan, cerrado en sí mismo, que justifica su reclamo de credibilidad inmediata. Incluso un espíritu trivial como Wohlfahrt, tan dado, por lo demás, en su moral de hombre de negocios, a manipular con afán relativizador los contenidos de la realidad, ha reconocido que no estamos aquí ante una continuación —o, si se quiere, una conclusión— del libro *La muerte de mi hermano Abel*, sino ante una pieza literaria independiente. Su grotesco amago de prólogo podría ser un buen testimonio de ello.

Es cierto que el motivo de los apuntes de la carpeta c, que en su fragmentariedad parecen a primera vista incoherentes, es el mismo que en *La muerte de mi hermano Abel*: el intento de indagar a fondo en la escritura, o, mejor dicho, en la escritura de novelas, en una forma creíble de inventar la realidad. Los distintos esfuerzos de Aristides en ese terreno, su «lucha con el ángel de la verdad en la ficción», con el «como si», su continuo fracaso en tal empresa, sobre lo cual se expresa en *Abel...*, con ánimo atormentado y confuso, ante el agente literario Brodny y ante Schwab, parecen tener aquí su continuación, pero ateniéndose mucho más al tema, sin tanto tono de cháchara, de modo que todo parece más ordenado y realizado con más disciplina. Y no es para asombrarse: se trata de fragmentos que Schwab ha compilado y ordenado con vistas a su terminación y publicación, unos apuntes que él, Schwab, en su condición de redactor jefe de la editorial de Scherping, habría tenido que editar. En este punto, Aristides se vería tentado a corregirnos: una tarea que Schwab habría tenido que asumir si no hubiera muerto. Sin embargo, ése no fue el caso: Schwab no había muerto aún cuando la tapa de la carpeta c se cerró sobre estos apuntes.

Dejo a criterio del lector seguir la pista al misterio que se oculta en todo esto.

G. v. R.

## INTENTO DE PRÓLOGO DEL PRODUCTOR CINEMATOGRAFICO HEINZ WOHLFAHRT

Al dar ahora a la imprenta, en forma de libro, el manuscrito de *La hija pródiga*, lo hago dentro de todos los términos legales y sobre la base de mis potestades como titular único de dicho manuscrito y director de Intercosmic Filmkunst, ambos con domicilio en Vaduz, principado de Liechtenstein, apartado postal Bx 391, siendo el único propietario y administrador de dicha sociedad, con poder de firma tanto en el pasado como en el presente. No lo hago, por lo tanto, en virtud de turbios manejos, como pretenden presentarlo algunas personas. Ha sido siempre mi costumbre, y mi principio hasta el último instante, cumplir con todos los compromisos asumidos por mi empresa, incluidos los contraídos a contrapelo de lo que me dictaba mi conciencia. Lo mismo vale para la situación inversa. Esto lo he mantenido en períodos de bonanza y he continuado haciéndolo en épocas de crisis, sin importarme quién pudiera tomarme por loco; he sido siempre un obseso de mi hermosa labor cinematográfica, pero hasta los dioses han luchado en vano cuando se erigen ante ellos los muros que levantan ciertas personas de sentir diferente.

En los últimos tiempos han estado acumulándose ciertas animadversiones en mi contra, y a ello quiero salirle al paso ahora públicamente. Hablo, sobre todo, de algunos señores de cierta prensa dada a las acrobacias mentales —dígase intelectuales—, que de repente descubren lo genial que supuestamente era el tal señor Aristides, a pesar de que ya lo conocían de antes y jamás les llamó la atención dicha genialidad. Por eso quiero precisar aquí, por su orden cronológico, cada uno de los hechos.

El señor Aristides —en una persona de sus características resulta imposible saber con certeza si es éste su nombre de pila o su apellido, ni siquiera si se trata de su nombre verdadero— fue víctima de lo que yo, conductor experimentado, llamo su manera desaforada e irresponsable de conducir. Murió en Francia, a unos treinta kilómetros después de pasar la ciudad de Aviñón, en un accidente en el que, gracias a Dios, nadie más salió perjudicado. Ocurrió exactamente el día 13 de enero de 1968, entre las 17:30 y las 18:00 horas. La fecha —probablemente lo único cierto en la vida de un hombre como el que nos ocupa— se me ha quedado grabada en la memoria porque a partir de ese día comenzaron los desagradables enfrentamientos que llevaron a una ruptura con mis socios franceses de entonces en lo relativo a la coproducción, discrepancias que yo, entretanto, he sabido diluir de manera impecable, pero que en aquel momento provocaron que el proyecto de *La hija pródiga* se hiciera añicos, lo que a su vez trajo consigo la liquidación de Intercosmic Filmkunst. Y todo por culpa de las deudas del tal señor Aristides, el mismo al que hoy todos los de su especie celebran como un gran escritor.

En efecto, en la fecha del accidente mi guionista Aristides se encontraba, por encargo mío, en viaje de París a Cannes, donde esperaba su llegada, portando en mano el guion acabado de *La hija pródiga*, un equipo de filmación al completo y listo para rodar —el equipo que yo, en mi labor como productor, había conseguido reunir: desde el cámara hasta el último técnico de iluminación, incluidos los actores, todos bajo la dirección de un cineasta director de primera, muy renombrado—. La noticia de su mortal accidente me llegó por teléfono al hotel Martínez justo a las 23:00 horas, siéndome comunicada por la policía de tráfico. Partí personalmente hacia el lugar del accidente vistiendo todavía el esmoquin que llevaba en el bar, y, debido a las pésimas condiciones del tráfico en ese invierno de 1968 —bastante inusual, como todos recordarán—, llegué allí hacia las dos de la madrugada.

Puedo asegurar aquí, bajo juramento, que entre los papeles encontrados en el lugar del accidente no fue posible hallar por ninguna parte, a pesar de la minuciosa búsqueda que yo mismo realicé, un guion cinematográfico con el título de *La hija pródiga*. Tampoco en búsquedas posteriores entre la escasa papelería de Aristides en diversos hoteluchos de Hamburgo y París salió a relucir el susodicho guion. En la carpeta con el título *La hija pródiga* se encontraba única y exclusivamente el manuscrito ahora publicado.

Sobre la propiedad de este manuscrito han reclamado derechos el abogado que representa a la madre del hijo menor de edad de Aristides (divorciada de él desde 1952), así como los señores Klaus Scherping, de la editorial Scherping de Hamburgo, y Roennekamp, corredor de Bolsa también de Hamburgo. Todos ellos acuden con el pretexto de que se trata de una obra maestra de su propiedad, no únicamente de un guion cinematográfico.

Sea esto cierto o no, sólo arroja una luz bastante clara sobre la oscura ignorancia de estos señores, que ni siquiera tienen en cuenta que, en este manuscrito, su amigo Aristides ha descrito con pelos y señales el papel que cada uno de ellos ha desempeñado en toda esta historia, de modo que cualquier persona con cierta capacidad de discernimiento podrá reconocer desde la primera página lo que a mí ya me resultó sospechoso desde el comienzo y que el propio Aristides afirma sin pudor alguno: que con el apoyo incondicional de estas personas lo único que se propuso desde el comienzo fue timar del modo más frío y despiadado a la Intercosmic Filmkunst, o lo que es igual, a mí, Heinz Wohlfahrt, de manera que nunca pretendió escribir guion alguno, sino una obra literaria.

Ello se ha confirmado también con las declaraciones de otros expertos del sector cinematográfico a los que yo mismo he involucrado en el asunto, personas muy capacitadas y con mucha experiencia, que han probado fehacientemente que a partir del manuscrito de marras, aquí presente, no era posible realizar ni siquiera una película propia de esos lunáticos

celebrados hoy por todos como directores de primera fila y hasta ayer conocidos como los chicos de la *Nouvelle Vague*, por no hablar ya de concebir una película taquillera de las que nuestra industria, con sus enormes riesgos financieros, depende siempre tanto.

Yo mismo sería ahora, en todo caso, una víctima de esos criterios estéticos. Porque el encargo de hacer este guion se le dio a ese hombre a pesar de mis expresas advertencias en contra, y todo sobre la base, únicamente, de un resumen de tan sólo tres páginas, ¡como lo digo: tres páginas! A pesar de mi voto en contra en calidad de productor principal, fue mi socio, el coproductor francés, el que insistió con los distribuidores en darle el encargo, ya que, por lo visto, la exposición oral que les hizo Aristides sobre el material los deslumbró tanto que de inmediato lo animaron a empezar a trabajar en el guion, renunciando al *treatment*, que es el paso anterior habitual en el ramo. Sobre la base de un apunte recogido en acta con fecha 4 de septiembre de 1967, puedo demostrar que los distribuidores eran del mismo criterio que el coproductor, con lo cual, presionado por aquel período de crisis, me vi obligado a pagar de mi propio bolsillo un anticipo muy inusual para un autor de cine poco conocido, aunque todos me aseguraron que, una vez terminado el guion, ellos asumirían la mitad de los costes. Esos socios comerciales se han dado siempre por satisfechos con echar una breve ojeada a algunas páginas del guion mientras éste se elabora. Los contratos con los actores se estipularon sobre la base de una lista redactada de puño y letra por el propio Aristides. Quiero subrayar aquí que este modo de actuar imprudente e irreflexivo estuvo condicionado por la influencia ejercida por la protagonista de la película, Nadine Carrier, cuya relación con Aristides ha sido descrita por él mismo de un modo bastante indiscreto.

A quien pretenda reprocharme hoy ser el culpable de la prematura muerte de un gran escritor con el cual la literatura alemana de posguerra habría podido recuperar el papel universal que alcanzó con figuras como Böll o Grass —teniendo en

cuenta, además, que nadie reclamó jamás el talento literario de este hombre más que la Intercosmic Filmkunst, es decir, yo, Heinz Wohlfahrt—, podría decirle, con una sonrisa fría y cínica, que quizá fue el propio Aristides (que por entonces no tenía nombre alguno y dependía del todo de mis anticipos, que explotó varias fuentes de dinero hasta vaciarlas, al extremo de que ni siquiera sus amigos Scherping y Von Roennekamp, como él mismo admite con pesar, volvieron a darle un cochino marco); a esa persona podría decirle, repito, que quizá fue el propio Aristides el que provocara de forma intencional su accidente para desviar la atención del incumplimiento de las obligaciones contraídas conmigo. Sin embargo, después de haber examinado yo mismo las huellas de los frenos en el lugar del accidente, puedo asegurar que los hechos son otros. La investigación policial en el lugar del siniestro, donde me personé a las pocas horas de ocurrido el mismo, así como las declaraciones incontestables de varios testigos fidedignos, han arrojado una conclusión inequívoca: el remolque de un camión hizo un derrape en una curva de la carretera helada, obligando al coche de Aristides —que, avanzando en dirección opuesta, iba, como era habitual, a exceso de velocidad— a realizar una peligrosa maniobra para evitar la colisión; el conductor hizo todo lo posible al volante para recuperar el control del vehículo, pero éste se salió completamente de la vía y fue a estrellarse contra el pilar de hormigón de un poste de alta tensión.

Mi conclusión personal: no sólo no tengo la más mínima responsabilidad en la muerte accidental de Aristides, sino que este hombre, más bien, abusó de mi confianza, lo cual me autoriza a presentarme ahora como el único propietario legal del único manuscrito encontrado con el título de *La hija pródiga*, como lo ha establecido una disposición del Tribunal Regional de Hamburgo, con todos los derechos usuales en estos casos para publicarlo, hacerlo traducir a otros idiomas o encargar sus versiones cinematográfica, radiofónica o televisiva, o la de cualquier otro medio de difusión que pueda inventarse en el

futuro. Los honorarios que resulten de todo ello servirán únicamente para reparar los daños que me fueran ocasionados debido a la quiebra de la confianza por parte del tal Aristides.

Como editor legal de la obra literaria —no cinematográfica— titulada *La hija pródiga*, nadie podrá acusarme de haber abusado lo más mínimo de las potestades a mí otorgadas. No he cambiado, suprimido ni añadido una sola sílaba del manuscrito, aun a pesar del modo en que Aristides se explica sobre la industria cinematográfica, sobre mi persona o la del gran veterano en la reconstrucción del cine alemán de posguerra, Horst-Herbert Stoffel, o a pesar también de algunos retratos de figuras como la de Gerdjochen Witte, fundador y presidente de la Detergentes Witte, tras el que cualquiera que sepa un poco reconoce a uno de los hombres más respetables de la vida económica de Hamburgo, hechos éstos que a cualquier otro habrían dado ocasión para intervenir en el texto con el mero hecho de rendir honor a la verdad. Pero por desgracia tales hechos hablan por sí solos y dejan muy mal parado al autor. Se sabe que nuestros señores intelectuales, con su tendencia a ponerse del lado de las sonrosadas ideologías de izquierda, evitan el contacto con las mentes destacadas del sector de la economía. De ahí que disculpe el hecho de que el manuscrito de Aristides contenga mucha más poesía que verdad. Y así lo demuestran las declaraciones de un inteligentísimo joven, todavía no muy conocido, pero que sin duda llegará lejos: el doctor en Filología Germánica Wieland Haslitzsch, al que he convocado para esto en su condición de asesor literario de Intercosmic Literatura. He aquí algunos fragmentos:

Es evidente que en este texto se intenta dar forma literaria a vivencias muy personales. No se trata, sin embargo, de una autobiografía en el sentido habitual del término. Lo que parece un recuento vital del autor sobre lo que lo ha motivado a escribir su libro constituye la estructura arquitectónica del propio libro. Con una intención muy clara, se han seleccionado y dispuesto de tal modo aquí ciertos acontecimientos —así como la

impresión que éstos causaron en quien los vivió—, que se crea la ilusión de que se trata de un primer contacto visual con bocetos, inicios y tentativas literarias que se reúnen con el fin de ser verificados en su carácter aprovechable como material para el libro que se escribirá después. En realidad, de todo ello se deriva el propio libro, el cual tiene un formato ciertamente original, pero, a fin de cuentas, desafortunado. Como en un cuadro manierista, se muestran aquí los fragmentos de obras más o menos trabajadas y las herramientas empleadas por el artista, y todo para representar una especie de estudio de creación en forma de naturaleza muerta, el cual, a su vez, expresa el estado de ánimo del artista, reflejo de una problemática muy propia que revela siempre de forma nueva un aspecto diverso y sorprendente que parte del artista mismo, que nos mira de frente desde todos esos espejos. Se permite así una mirada a la estructura de la obra *in statu nascendi*, en el momento en que surge en su creador, con lo cual, simultáneamente, se nos ofrece su autorretrato. Todos los apuntes recogidos en este libro constituyen las vivencias de quien lo escribe, es decir: las de un hombre para el que la escritura no sólo es vocación y oficio, sino existencia, o, en otras palabras, destino. Se trata, por lo tanto, de una modalidad de la experiencia que diverge radicalmente de la de cualquier otra persona que no escriba. La afirmación del autor (¿derivada de una cita de Nietzsche, predicción de una «era artística»?), según la cual el hombre moderno, gracias a su formación eminentemente literaria, es un potencial escritor que, por lo tanto, experimenta la realidad a la manera de un escritor, presupone la conciencia general del proceso que se ha descrito: la continua transformación de acontecimientos reales en materia literaria. En la medida en que se pone al descubierto ese proceso, se hace patente también la falsificación que es inevitablemente inherente a toda literatura novelística.

Nada tengo yo que añadir a esta prueba incontestable del apego que siente el escritor Aristides por la verdad.

Publico aquí el manuscrito de *La hija pródiga* como prueba de un hecho muy triste: el de una forma de escamoteo de la realidad que por desgracia no tiene en cuenta el aspecto taquillero del cine y que, a veces con razón, se le reprocha al género cinematográfico. Un fenómeno que debemos a la actividad delirante de hombres de la calaña de Aristides.

HEINZ WOHLFAHRT (Intercosmic Literatura,  
antes Intercosmic Filmkunst)  
Múnich, a 21 de septiembre de 1984

Texto añadido en letra manuscrita, probablemente no destinado a su publicación:

*Como actual esposa del productor cinematográfico Heinz Wohlfahrt, y también como experiodista que llegó al ramo del cine proveniente de la televisión, quisiera añadir a este prólogo de mi marido algunas consideraciones de carácter muy personal. Obviamente, no estoy lo suficientemente informada sobre los aspectos más técnicos relativos a los derechos del manuscrito de Aristides, por lo que no puedo hacerme un juicio concluyente al respecto. Sin embargo, conozco a mi actual marido lo suficiente como para sí atreverme a afirmar que es incapaz de actuar de manera poco transparente. En lo personal, celebro en todo caso su decisión de entregar a la imprenta el manuscrito de Aristides para que se publique en forma de libro, centrando más sus capacidades empresariales y organizativas en el sector literario, lo cual, en estos tiempos de crisis, habrá de redundar también, a fin de cuentas, en beneficio del cine.*

*Obviamente, el manuscrito de Aristides despertó mi interés, ante todo, por razones literarias. Como Wieland Haslitzsch, veo también en este texto una confrontación con el problema de la realidad. El que escribe se crea su propio mundo, un mundo que*

*para esa persona que escribe llega a convertirse en más real que la realidad auténtica, con la cual más tarde, como es obvio, acaba perdiendo el contacto. Por eso quisiera proponer que se anteponga al manuscrito de Aristides este hermoso epígrafe que he encontrado hojeando una obra de la literatura china:*

*Soñé que era una mariposa que soñaba que era un hombre, y ahora ya no sé bien si soy un hombre que sueña que es una mariposa o el hombre soñado por ésta.*

*WIEBKE KELLER-WOHLFAHRT  
actualmente en Tutzing, a orillas del lago Starnberg*

# C

«Estamos a punto de despertar cuando  
soñamos que soñamos».

NOVALIS

## ERA GLACIAL 1947

«Si he de encontrar mi último fin y mi primer principio,  
debo ahondarme en Dios, y a Dios en mí,  
y llegar a ser lo que Él: debo ser brillo en el brillo,  
Verbo en el Verbo, a Dios en Dios».

ANGELUS SILESIVS

¿... de dónde, pues?; bueno, eso lo sabes tal vez tú mejor que nadie; ¿qué es lo que sé mejor que nadie?; por favor no empecemos de nuevo, ¡por favor!, ¡es insoportable!, ¿es que no va a poder decirse aquí lo que uno piensa?; ¡deberías avergonzarte!, ¡basta ya! Un momento, por favor, ¿de acuerdo?; vamos, si he entendido bien lo que ha querido usted decir... Sí, claro, por favor, eso me interesa muchísimo, y por eso querría, si me lo permite, resumirlo: usted, si le he entendido bien, ha querido decir –lo expresaré en términos más generales para que lo entienda cualquiera, ¿de acuerdo?– que precisamente la premisa para un diálogo constructivo (aquí, esta noche, pero también de forma general en relación con nuestro tema); en fin, que la premisa para un diálogo constructivo de tal índole habría de pasar por la búsqueda de una nueva forma de Estado en la Alemania de posguerra, teniendo en cuenta que se han venido abajo todos los valores hasta ahora tenidos por vigentes, ¿cierto?; en fin, que la premisa para una formación social que responda plenamente a todas las relaciones psíquicas experimentadas hasta ahora por el hombre *in genere* –por

no hablar directamente de los condicionamientos psíquicos— sería ponernos de acuerdo en torno a la presencia —sea objetiva o subjetiva, eso ahora no tiene importancia— de un objeto no aprehensible desde lo racional, pero sí psíquicamente experimentable, ¿cierto?; un objeto trascendental, ¿sí?, con el cual, por necesidad psicológica, hemos de establecer y mantener un vínculo religioso, al punto de que si ese vínculo se rompiera —o si simplemente no existiera, o existiera sólo de forma temporal: en la infancia, por ejemplo, pero no después—, su ausencia se expresaría en una necesidad que muy a menudo se acrecienta hasta convertirse en un trastorno del equilibrio psíquico, incluso en una neurosis; en consecuencia, para la creación de una nueva estructura estatal —la cual, si se me permite, constituye una parte integrante del entorno psíquico en el que vivimos— es preciso tener en consideración esa necesidad psicológica. ¿De acuerdo? Ésa sería la premisa. ¿He expresado lo que usted ha querido decir...?

¡Anímate, hombre! Todos los ojos están pendientes de ti. (¡«Pendientes» está bien! ¡Penden de ti como ávidas sanguijuelas!). ¡Muéstrales quién eres a todos estos tipos y a esas arpías intelectuales! ¡Hazles ver que tú también sabes pensar! Es el momento de rehabilitarte. El instante de la verdad. (*Heil Hemingway! For whom the balls tell*). Un existencialista ha de realizarse en todo momento de su vida, incluso cuando está en un retrete. Un escupitajo en las garras, te las frotas y te pones manos a la obra: «La premisa para un diálogo constructivo, etcétera...», hasta ahí, todo bien, «... sería ponernos de acuerdo...». ¡Aquí! He ahí el inconveniente. ¿Cómo que ponernos de acuerdo? Aunque quizá se entienda más tarde por la forma en que deriva la frase, tiene que ser así, de otra forma yo no la habría iniciado de ese modo; en fin: «... que nos pongamos de acuerdo en torno a la presencia de un objeto no aprehensible desde lo racional...». Esto sí que es totalmente cierto, en eso coincido al cien por cien (el tipo conoce bien su texto, ¡maldita sea!); en fin: «... no aprehensible desde lo racional, pero sí experimentable psíquicamente...». Bueno,

¿de qué otro modo, sino a través de la psiquis? ¿Con el intestino grueso, quizá? (¡Cuidado! Si digo esto, dirá que tengo una disposición anal). En fin, en cualquier caso dice que es experimentable; ¿qué puede argumentarse en contra de esto? Nada. Todas las relaciones psíquicas experimentadas hasta ahora por el hombre hablan en favor de esa tesis: ¡varios milenios de éxtasis religioso, no sólo en la fe católica, os miran desde lo alto, soldados de Cristo! Se trata de las viejas dualidades: luz y oscuridad, Ormuz y Ahriman, Baldur y Schirach, todo, siempre, con atractivo trascendental, por eso está bien lo de establecer un vínculo religioso (lo cual es, huelga decirlo, un pleonasma: «vínculo religioso...»); pero ¡por favor!), y esto constituye una necesidad psicológica, como en la infancia: cuando has hecho alguna trastada, te pones de rodillas y rezas para que no se descubra, pero todo acaba descubriéndose, al menos casi siempre, porque así somos los hombres; este mamón tiene razón, ¡maldita sea!, a fin de cuentas es un científico, se dedica a escrutar la psique, y lo autoriza un diploma, es un examinador de calzoncillos educado en la escuela de papá Freud; en la Universidad no dejan entrar a cualquier payaso, a fin de cuentas, y tampoco es nazi, de lo contrario no estaría en tan buenos términos con Freud y con los ingleses; el gobierno militar lo ha puesto ahí para que dirija la reconstrucción espiritual del país. Pero ¿para hacer qué? ¿Para que se les beba todo el whisky...? En fin, te desvías del meollo del asunto, eres tan idiota que siempre te disgregas; la culpa es tal vez del maldito aguardiente, o del whisky (ni siquiera en eso consigo ser preciso, ¡pero así y todo pretendo enfrascarme en una polémica con un académico!); no se debería beber alcohol con el estómago vacío, es una regla de oro, pero ¿qué hacer cuando no se tiene nada que echarse al colete? Y ahora volvamos a su frase (o mejor dicho, a la mía), de lo contrario éstos van a creer que estoy completamente borracho, o loco, o lo atribuirán, a ser posible, a mi pierna... (Por cierto, ¿quién sacó a relucir la historia? ¡Ésa me la guardo!). De todos modos, ¿qué significa lo que se está hablando aquí? Psicología de lisiados,

efecto de choque, hombre amputado e incompleto...., y todo porque a uno le pegaron un tiro (gracias a Dios a la derecha del escroto: aquel elegante señor lo tiene en el lado izquierdo), aunque sin dañar órganos vitales de mayor importancia; sin embargo, no por eso está uno obligado a tragarse estos dogmas de fe para poder seguir la escasa línea de pensamiento de este idiota llamado Hertzog (con r y z), sería ridículo: la pequeña dosis de dialéctica, Análisis y Julianas, mis prótesis de pene freudianas... ¿De qué estamos hablando en realidad? Pues de la creación de un Estado futuro. ¡Sencillamente ridículo! En lo que llega esa nueva forma de Estado, todos la habremos palmado (él no, claro: él está a bien con los ingleses); a mí, en cambio, me basta con que durante el camino de vuelta a casa meta la puta muleta en un agujero cubierto de nieve para quedarme ahí tumbado bocarriba como un escarabajo (Kafka, mi contemporáneo), y ya puedo patalear cuanto quiera, que acabaré congelado en el suelo, *requiescat in pace* en la avenida Brahms; así que me da igual la forma de Estado futura, que sea lo que sea, me importa un bledo, y si de verdad existe para ello una necesidad psicológica que puede acrecentarse hasta convertirse en delirio, pues que tenga razón este tipo, a fin de cuentas es psiquiatra, ése es su oficio, su deber es proporcionarles a sus pacientes desquiciados una forma de gobierno que responda a sus neurosis, una clínica perfecta para necesidades metafísicas, en armónica sintonía vital con todos los que quieran participar; la única pena es que estos de aquí, sus amiguetes, también formen parte de ello... Y pensar que yo los tenía por amigos. ¡Pero sólo hay que ver la forma en que se me han echado encima! Y las mujeres, esas arpías, han sido, como siempre, las más venenosas: «Bueno, ya sabes...». ¿Qué se supone que he de saber? ¿Qué han querido decir con eso? ¿Que soy un agente del bloque comunista? También ellos, en parte, son marxistas. Pero ¿por qué me altero? Todos aquí están como cabras, son pacientes por anticipado del tal Hertzog, y hacen muy bien en procurarse un psiquiatra de cabecera; sin embargo, al principio me parecieron realmente

simpáticos, en algún momento fueron verdaderos amigos, auténticos compañeros, gente amable cuando todavía no había Estado del futuro, sino sólo hambre; me gustaba venir andan- do hasta aquí, por mucho que me costara a causa de la pierna a rastras; lo que está claro es que no venía por su asqueroso aguardiente de remolacha ni por sus putos cigarrillos liados a mano; todo esto es una mierda, no entiendo que quieran in- vitar también al Salvador: «¡Ven, Señor Jesucristo, acude a nuestra mesa y bendice la mierda que nos has deparado!». Y luego, en una misma bocanada de aire, invocan a Karl Marx: «¡Comaradas, escuchad la buena nueva: el hijo de Cristo es el verdadero fundador de la sociedad sin clases, un caso emble- mático de ahíta necesidad metafísica, siempre en vivo contac- to con su señor Papá, tan trascendental, y, gracias a su virginal Mamá, curado completamente de su complejo edípico!». ¿Qué busco yo entre esta gente? Lo mejor es que me largue de aquí... Y este tipo, el «Gran Duque» que guía a las hor- das germanas, el Hertzog con τ y z —que etimológicamente no lleva τ—, el que marcha al frente de estos cabrones de barbas rubias, el Super-Yo-Cabrón, este tipo me supera, está hecho, sencillamente, a la medida de ellos, se los envía la Providen- cia del difunto Führer. Los rancios pequeñoburgueses sien- ten miedo ahora de su propio coraje, se les ha malogrado la refundación global según la propia *Weltanschauung*, así que es mejor aferrarse de nuevo a los probados valores de Occidente, en lo posible a todos, sin entrar a considerar las pérdidas: lo Bello, lo Bueno, lo Noble y lo Verdadero son, en caso de duda, necesidades innatas al hombre, qué más da que las hayamos perdido por el camino, de eso se trata cuando se habla de culpa colectiva, o si no pregunte en el Gobierno Militar, pón- gase en manos de una experta guía psicológica, Hänsel y Gretel se pierden con facilidad en el bosque... Así es: sencillamen- te, se cagan de miedo, no es otra cosa; y cómo me miran, como si yo pretendiera robarles sus muletas espirituales (y, por en- cima de todo, la cromada voz de barítono de ese cagón).

«¿... he conseguido más o menos expresar lo que usted ha querido decir?». (A ver, ¡habla de una vez!).

«... bueno, en parte sí... quiero decir: por una parte, incluso, de un modo muy preciso...».

«Y... ¿por la otra parte...?». (Si al menos consiguierais, queridos camaradas, no estar tan pendientes del momento en que este tipo me aplaste...).

«... Bueno, por la otra parte... ¿Sabe una cosa? Yo no tengo nada en contra de Dios, quiero decir, en principio... (o por principio –¿cómo se dice en estos casos del modo más adecuado?–); en fin, quiero decir que no soy expresamente irreligioso, no soy ateo...».

«¿... pero...?».

«... ningún pero (¿por qué tendría que haber peros?); también Jesucristo, ¿no es cierto?».

«Sí, todo eso está bien; pero yo me refería a lo de ponernos de acuerdo...».

«¿... cómo...?».

«Quiero decir, lo admito: admito que, en cierto sentido, la doctrina cristiana –en su forma originaria, se entiende, ¿sí?– representa un punto final del pensamiento social...» (¿por qué se retuercen ahora éstos de ese modo, como si les hubiera pegado una patada en el estómago? ¿Acaso he dicho algo en contra de Karl Marx, o de Karl Nagel? ¿Es porque estoy aquí, bebiéndome su whisky de remolacha?).

–... Sí, le escucho...

(¡Madre mía! ¡Cómo suena eso! «Le escucho», como si me estuviera interrogando el mismísimo Freisler en un juicio nazi).

«... Sólo quiero decir que la Iglesia ha hecho mucha porquería...». (¡Uy! ¡Eso ha sido un error! Se me ha escapado. Es obvio que estos modales de barracón no son el instrumento adecuado para esclarecer de forma científica cuestiones centrales de la filosofía del Estado. Pero ahí está de nuevo la irreductible voz de barítono):